

Tú no eres un recluta *de nacimiento*; tú no eres de aquellos jóvenes que, si bien dotados de sentimiento bastante exquisito para enderezar á la novia cantares de despedida como éste:

«¡Puesto que he caído quinto
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de tu corazón, Manuela!»

hallan en la vida militar la satisfacción de su temperamento y la más adecuada manera de ser útiles á la sociedad. Jóvenes como tú, que no tienen afición á las armas, y cuyas aptitudes les llaman á cumplir mejor otras finalidades sociales, deben ser redimidos á todo trance. Más breve; yo soy de parecer de que, mientras la humanidad, permaneciendo en su estado actual de barbarie mal cubierta de convencional cultura, necesite estar aprestada para la guerra; una de dos: ó todos seamos *soldados en potencia*; es decir, ciudadanos formalmente educados en el arte militar y dispuestos á improvisar á cualquier hora un formidable ejército, ó solo sean soldados aquellos que voluntariamente se presten á ello.

Mas hoy, ni lo uno ni lo otro constituye el régimen general de los pueblos *menos incultos*, y así es menester discurrir para cada particular caso su solución concreta. Si tú pertenecieses al *quinto estado*, si fueses rana, ratón, mono, conejo ó perro, ya hubiera yo escrito á un caballero inglés, amigo mío, en la seguridad de que la «Liga contra las vivisecciones», de que con entusiasmo forma parte, hubiera tomado á pecho tu redención; mas, por desgracia, todavía esas sociedades benéficas no se han extendido á la protección de las personas, y, por tanto, de los jóvenes que, como tú, en la flor de la vida, en lo mas decisivo de su preparación para el porvenir, ó en el punto en que, sin necesidad de ser hijos únicos, son ya el sostén y el porvenir de una familia, sean librados del riesgo á que les exponen esos ensayos de Derecho experimental llamados guerras, ó del perjuicio, quizá más grave, de llevar en los cuarteles y destacamentos de la paz un género de vida, excelente, sí, bajo el punto de vista de la subordinación; mas no el más propio para conservar vivos en el pecho del soldado aquellos alientos de personal progreso que la suerte de la quinta sofocó, y que rara vez el licenciado recobra.

Y como quiera que mientras no venga una Asociación salvadora, filantrópica y libre, á resolver satisfactoriamente el conflicto en general, redimiendo del servicio á los jóvenes que se encuentran en las antedichas condiciones, no queda más arbitrio que el de las solucio-

nes privadas, á éste apelamos para ver de redimirte á ti particularmente.

Mas este sistema, muy ocasionado á que las gentes á cuya bondad se apela, no conociendo personalmente al pobre quinto, quizás duden de su realidad (por ser tan propensa la mala fe á presentarse con antifaz de filantropía) no podía ser adoptado sin ponerle antes á cubierto de toda suspicacia, y de ahí, querido amigo, el instintivo azoramiento del bueno de Federico Degetau, y que yo, al punto de verlo, comprendiera que lo que él de mí deseaba era una especie de *fiianza moral*. Esto, después de todo, demuestra que el muchacho no tiene de tal más que el exterior; pues sabe, en el terreno de la acción, tomar en cuenta aquellas precauciones que la realidad de la vida exige en todo paso, por puro y virtuoso que éste sea. Y así le dije: «Ya que en mi actual estado no puedo echarme á la calle para ayudarte á organizar esa publicación, cuenta con un artículo epistolar mio que, sirviéndole como de prólogo, atestigüe que el quinto Eduardo Castañer, discípulo que fué de San Carlos, no es un mito, sino que existe en carne y hueso, y que, como catedrático y amigo particular suyo, doy fe de todo ello.»

Y aquí comienza la campaña de Degetau, que debes agradecerle eternamente. En breves días, y sin más recomendación que su simpático talante y su juiciosa y buena parla, logró recabar de la proverbial filantropía de las Sras. Sinués y Tartilan, y de los Sres. Campoamor, Carvajal, Echegaray, Ferrari, Galdo, Ginard de la Rosa, y Manjarrés y P. Junguitu, y otros la promesa de trabajos originales, y del Sr. Moreno de la Tejera, joven de tan buen corazón como genial entendimiento, la de que se encargaría de la publicación del folleto, á más de favorecerle con su valioso concurso, en la composición del texto.

De suerte, que á todos, querido Eduardo, debes estar agradecido; á las antenombradas personas por su valiosa contribución; á Degetau, porque en este trance ha sabido conciliar con el juvenil ardor de su cristiano deseo, toda la madurez y eficacia de un hombre de empresa y, finalmente, á las bondadosísimas damas de la buena sociedad, que, con una virtud que se complace en competir con sus gracias, se dignan desempeñar el papel de expendedoras de este *Folleto*; á los estudiantes, de cuyo compañerismo no puedo dudar, porque lo he sido, y á las otras muchas personas que contribuirán, así lo espero, á sacarte del barranco, para alegría de tu familia como hijo, para contento de las musas como poeta, para satisfacción de Esculapio como estudiante, y quizá, quizá, con grande alborozo de

tu novia; lo cual dejo en hipótesis, pues ni tú me has dicho si la tienes, ni yo te lo he de preguntar, por no ponerte en el conflicto de que mientras me lo nieguen tus labios, me lo confirme el rubor de tus mejillas, á despecho de tu gorri-cresta de general en embrión, y de tus marciales fornituras.

A mí nada tienes que agradecerme, pues no soy más que el cronista de los hechos, y aunque me ves ir delante de todos en esta publicación, reflexiona que no siempre lo que va delante es lo más excelente.

Y concluyo manifestando (por si nuestros deseos quedan, como es de esperar, cumplidos) que nosotros, tus amigos, querido Castañer, identificados de todo en todo con tus sentimientos, nos anticipamos á dar de corazón las gracias á cuantos poco ó mucho nos hayan secundado; y puesto que á la utilidad del beneficio acompañará la liberal satisfacción de ver que hay en el mundo hombres de buena voluntad, que saben identificarse con las desgracias ajenas, sirvanse, en pago, contar con nosotros en todas formas y ocasiones dentro del concierto universal del bien, para ocurrir á tantos y tantos males como el infortunio mantiene recatadamente ocultos entre suspiros é insomnios, sin médico que los cure, ni remedio que los sane, ni código que los defina, ni juez que los persiga y condene, ni humana autoridad que de ellos pueda preservarnos.

Y aquí dá punto, mi querido Eduardo, reiterándose de todas veras tuyo afectísimo

JOSÉ DE LETAMENDI.

Madrid 11 de enero de 1882.

DISCURSO

PRONUNCIADO ANTE EL CLAUSTRO CENTRAL DE ESPAÑA

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE DOCTOR EN MEDICINA

el día 1.º de Marzo de 1857

¿ES CIERTO QUE LA MEDICINA NO PROGRESA?

EXCMO. É ILMO. SR.:

Al verme obligado por la ley á tomar la palabra ante vos; al contemplaros rodeado de las altas dignidades del claustro de Castilla, ayuntadas en este augusto recinto para celebrar una ceremonia de la cual soy objeto, natural fuera que embargase mi voz el orgasmo de la desconfianza; tanto más, cuanto que nuevo en esta tierra, repuesto apenas de la agitación de estos pasados días en que he debido poner mi honor académico bajo el filo de la censura; separado de mi familia en quien idolatro, y cuya presencia me regocijara en día para mí tan señalado, debo contar, no con la plenitud de mis fuerzas, nada sobradas de suyo, sino con lo poco que de ellas me permiten usar la excitación del ánimo, la nostalgia del corazón, la fatiga del entendimiento y la consideración del sitio en que me hallo.

Sin embargo, no hay entre vosotros uno solo que no haya rendido al corazón su tributo; que no haya pasado por la angustiada incertidumbre de la última prueba académica, y que no se haya visto presentado como neófito ante un claustro imponente. Y pues ninguno desconoce la situación mía, permitidme que por estos breves instantes os mire como á mis hermanos, amigos y allegados, y con esto alentaréis mi ánimo y me veréis sereno.

Así lo espero, y no sin fundado motivo; porque de vosotros es fama que sois tan indulgentes como sabios, y con ser así, vuestra indulgencia debe de ser extrema,

Yo bien quisiera satisfacer mi deuda de gratitud hacia vosotros, venerables Doctores, ofreciándoos una obra literaria de valía, en vez de este mal aliñado discurso que os dedico; pero me consuela la idea de que, no acertando á satisfaceros, jamás os quedaré desobligado. Yo no puedo deleitaros con bellezas oratorias, incompatibles con la severidad y la índole especial de mis estudios. Doce años há que me dedico á la Anatomía; y por cierto que en el siglo actual el cultivo de las ciencias naturales es para un español el más eficaz antagonista de Hermosilla; el mejor arte de desaprender á hablar y escribir correctamente la lengua castellana; pues la necesidad nos fuerza á la lectura exclusiva de lenguas exóticas; y como creo que no se conoce bien el castellano hasta tanto que se saben de coro las obras de Cervantes y de Solís, por lo menos, y el tiempo que debía gastar en esto le he empleado en el estudio del organismo humano, sé que no puedo alimentar la esperanza de que esta mi oración satisfaga las exigencias del refinado oído madrileño.

Otra suerte de lenguaje, diverso del de los hombres, usa la naturaleza. Ella no hace oradores, pero posee en cambio la muda elocuencia del cadáver; aquella elocuencia que confunde al materialismo, anonada la soberbia filosófica, y canta el más glorioso himno que el hombre puede entonar al Altísimo.

La Anatomía me ha inspirado el más ardiente amor á la Medicina, pues me ha convencido de sus verdades, me ha revelado el poder de sus recursos y me ha ofrecido ocasión de valorar sus positivos adelantos. Cuanto más me he impuesto en el conocimiento de las dificultades ya vencidas, más insoportables se me han hecho las diatribas de unos, las calumnias de otros y la ligereza de todos al juzgarla; tanto, que en muchas ocasiones prefiriera de buen grado que á mí se me llamara inepto, á que á ella se la calificase de impotente. Y sin embargo, tan injusta calificación la oímos mil y mil veces de boca del bajo vulgo y hasta de hombres eruditos. Y cuenta que no son estos solos los enemigos de la Medicina. Médicos hay, afortunadamente pocos, que, por pasar plaza de Hipócrates transmigrados, van diciendo en tono magistral y con aire de reserva que *en Medicina no se sabe nada*, secreto que los tales suelen no revelar hasta tanto que han redondeado su hacienda.

Jamás he tomado ni pienso tomar la defensa de la Medicina y de su ejercicio, con el intento de destruir preocupaciones vulgares, ¡improbo trabajo, tiempo perdido! El verdadero vulgo tiene esmaltado el cerebro, y nada puede grabar en él el buril de la lógica. Sufra ese vulgo el castigo á que el gran Lope le condena; y pues lo ha de su-

frir, quédese así, esclavo de su propia necesidad, hasta la consumación de los siglos.

Pero hay otro vulgo más temible, vulgo llamado hoy día público; vulgo mudable y superficial; vulgo que, ora en el justo medio de la crítica, ora en el bajo extremo de la adulación, ora en la cima del menosprecio, de todo habla, todo lo discute, lo juzga todo, y aprueba ó desaprueba por el más somero examen; público, en fin, del cual Larra en vano pretendió averiguar «quién es y dónde se le encuentra», y á quien nosotros encontramos de sobra y miramos como nuestra pesadilla eterna, á todas horas, en todas partes, y á más y mejor creído de saber tanta medicina como Celso.

Hay, sin embargo, entre las personas que componen lo que se llama público, muchas, muchísimas, de buena voluntad y claro discernimiento, las cuales si bien creen que la Medicina está en mantillas, con todo, no han formado el propósito de no dejarse disuadir nunca; antes al contrario, aprovechan todas las ocasiones en que una persona autorizada pueda ilustrarlas. A esa parte del público me dirijo muy señaladamente, al proponerme vindicar la Medicina contemporánea.

Todo cuanto se clama en contra de ella puede reducirse en última síntesis á una proposición muy concisa y al parecer muy terminante: LA MEDICINA NO ADELANTA.

Tanto para sostener esta proposición como para impugnarla, es necesario determinar: 1.º, qué es la Medicina; 2.º, á qué punto fijo debemos referir el progreso ó estacionamiento de la misma. Anatomicemos el primer extremo.

El fin de la Medicina es la salud del hombre; este fin no puede conseguirse por arte de encantamento, sino por los medios naturales; de lo cual se sigue que en la Naturaleza hemos de buscar todo aquello que pueda facilitarnos la consecución de tal objeto. Mas el estudio de la Naturaleza es tan vasto, y tan diversas y multiplicadas son las necesidades del hombre, que ha sido forzoso reunir en grupos los conocimientos homólogos, formando artes y ciencias, las cuales, combinadas de varios modos, según el fin social que se proponen, han venido á dar origen á las carreras ó profesiones. Entre ellas se cuenta la Medicina, la cual se utiliza de todas, y en cambio les presta su apoyo y las ilustra con sus prudentes consejos. Y pues la Medicina pone por obra todos cuantos procedimientos útiles le sugiere la filosofía universal en provecho de la salud de los hombres, debemos deducir en rigurosa lógica que *la Medicina es la ciencia que*

trata de la aplicación de la filosofía universal á la conservación de la salud y á su restablecimiento, tanto en el hombre como en el cuerpo social colectivo. Tal es la Medicina: ni más, ni menos.

Pasemos al segundo extremo de la proposición que estoy analizando. Sin separarnos de la buena lógica, se desprenden de la definición tres elementos médicos perfeccionables: 1.º, la ciencia higiénica ó de la conservación de la salud; 2.º, la *patognosia* ó estudio de las enfermedades, y 3.º, la terapéutica, que busca los medios con qué satisfacer las necesidades de las dos primeras, é inquiera el modo de obrar de estos medios sobre la economía humana. Toda adquisición positiva en cualquiera de estas tres ciencias, será en Medicina un adelanto.

Indaguemos ahora si la Medicina puede ó no aspirar al progreso indefinido, más allá de la barrera natural de las ciencias humanas, ó si al contrario no puede pretender seguir las en su curso progresivo: «La ciencia humana está encerrada dentro de ciertos límites que no es posible traspasar: todo estudio, sea el que fuere, ofrece siempre este término que es imposible rebasar sin variar completamente al hombre su naturaleza y sus propiedades. Por consiguiente toda ciencia tiene sus hechos y sus principios que es necesario aceptar sin entrometerse á investigar su causa esencial, si bien notando todas las circunstancias y condiciones necesarias para el cumplimiento de estos grandes actos.» Esto dicen Hardy y Behier (1), y esta es la confesión explícita de los sabios de todos los tiempos.

Tal es el término del saber: tal la barrera que nos impide el paso. El alma en el cautiverio de este suelo está como el pájaro aprisionado en su jaula: pugna como él por escaparse; no parece sino que forceja por abrir el cráneo y remontar el vuelo, y libre ya de la opresión y las tinieblas de la materia, poder admirar la creación del Eterno. Pero, ¡vano deseo! Nadie verá más allá de las segundas causas; y así en cuanto al término de su camino, no hay una sola ciencia natural que pueda vanagloriarse de ir más lejos que sus hermanas.

Si conocido nos es el fin común de las ciencias, por bien averiguado tenemos su común principio, ya le busquemos por inducción, ya nos refiramos al siglo de Pericles; punto inicial de la Filosofía de occidente.

Las consecuencias á que estas consideraciones nos llevan, son har- to claras y no nada forzadas. Todas las ciencias nacieron juntas, to-

(1) Patología general.—Preliminares.

das tienen igual término de desarrollo; luego tenemos un medio expedito de referir la idea de adelanto ó retraso de la Medicina á un punto fijo cual es la altura media de las demás ciencias sus hermanas. Si la Medicina conoce y explota los recursos que aquellas se hallan en estado de prestarle y si ella posee medios para ayudar á todas, es innegable que adelanta, y en el caso contrario se dirá con razón lo que de ella se dice.

Ahora ya podemos discutir, examinada la proposición que he tomado para tema de mi discurso. Las tesis son como los reactivos químicos: antes de ser admitidas, deben pasar por todas las pruebas de un atento examen; y ojalá que ese trabajo previo se lo tomaran cuantos tratan de controvertir proposiciones que pueden envolver sofisma; pues es evidente que «si hay tanta confusión en las ideas, es porque hay poca claridad en las palabras.»

Voy, pues, á entrar ahora en el examen rápido, cuanto lo exige la ocasión presente, del estado actual de las ciencias médicas, recorriéndolas todas, una á una; advirtiéndole de paso, que tomo por punto general de referencia, el estado de la filosofía natural en el último tercio del siglo XVIII; data común de los principales descubrimientos que han asombrado al mundo.

La Anatomía y la Fisiología, estas dos ciencias tan afines como los dos elementos eléctricos, tan recíprocas como el cuerpo y el alma, han subido en pocos años á la altura de ciencias de primer orden. Apenas queda filamento nérveo, por delicado que sea, cuyo origen, cuya composición y cuyas funciones no se conozcan (1); las investigaciones sobre la estructura y fisiología encefálicas, están próximas al último término (2). A su voluntad experimenta hoy día el anatómico y produce en el cadáver la risa, el ceño, la convulsión, la rigidez, y en el animal vivo los más circunstanciados fenómenos, anunciándolos anticipadamente, pues conoce la segunda causa de todos ellos (3). La Física, la Química, la Botánica, la Zoología, la Mineralogía, la observación clínica, la Anatomía comparada, las matemáticas, las ciencias todas las ayudan á porfia, y no parece sino que se han reunido de común concierto para sujetar á la más rigurosa demostración todo cuanto el hombre puede inquirir de sí mismo. No hay articulación en el cuerpo cuyos movimientos no puedan reducirse á cálculo, ni aparato muscular cuyo valor mecánico no pueda

(1) Véanse las obras de Anatomía y Fisiología de Longet y de Flourens.

(2) Ibid. J. Beclard, Bourdach, etc., etc.

(3) Susec.—*Elements of electro-biology* y las obras más modernas de Anatomía y Fisiología.

determinarse; ni apenas queda viscera de función problemática, ni se engendra en el cuerpo humor alguno cuya composición, cuyo máximo y mínimo físico-químico no conozcamos, ya en estado fisiológico, ya en el patológico, y en cada enfermedad por separado. La Anatomía y Fisiología de los cinco sentidos (1) es en la actualidad el objeto predilecto de los anatómicos de mayor renombre; uno solo de aquellos, el oído, deja aun bastante que desear en lo relativo á sus funciones; pero es tan extremado el primor que ostentan las preparaciones ototómicas, que bien se puede esperar que en breve hallaremos el hilo del laberinto acústico. El estudio de las membranas y de todas las modificaciones de los tejidos, iniciado por Bichat, es hoy una asignatura de cuya enseñanza se envanecen las Universidades del mundo (2). Ella despertó el deseo de profundizar en la filosofía de la organización humana, y en lo que va de siglo la Patología ha tenido que agradecerle grandes é importantes favores. La Anatomía topográfica, que á principios del siglo se reducía á la descripción aislada de algunas regiones con aplicación á la Medicina operatoria, ha ido tomando cuerpo, y pasando sucesivamente de topográfica á quirúrgica, la vemos atónitos abrirse paso, en pocos años, y ponerse á la cabeza de la Medicina (3), dando consejos de reconocida utilidad para el diagnóstico de las enfermedades médicas y quirúrgicas, y explicando al propio tiempo la razón de innumerables fenómenos morbosos. La Anatomía patológica (4), que antes de Broussais y Hanhemann tan poca fuerza tenía, ha sido más tarde el áncora de salvación de la Medicina. Añádanse á todas estas especialidades, la Anatomía microscópica normal y patológica, absoluta y comparada, la Embriología general y especial, la Anatomía química, la Fisiología experimental, normal y patológica; estudios nuevos y precoces todos (5) que en menos de un siglo han llegado á nivelarse con las demás ciencias de observación; y dígase luego si las mismas pirámides de Egipto tienen cimientos más firmes que los que está levantando el siglo XIX para asentar sobre ellos la Medicina eterna.

Si la Química es la ciencia que más domina la materia bruta, la

(1) Longet.—*Traité de Physiologie. Hirschfeld et Leveille.—Neurologie.*

(2) Véanse las obras de Bichat, Beclard, Flourens, etc.

(3) Véanse las obras de Malgaigne, Edouard, Velpeau, Petrequin, Blandin, Jarjavay, etc.

(4) Véase la obra de Cruveilhier y las de Andral, Gros, Lebert, etc.

(5) Véanse las obras respectivas de Donné, Mandl, Blumenbach, Bischoff, Kolliker, Robin, Vagner, etc.

Anatomía tiene ya sujeta la materia organizada, y si fuésemos á establecer paralelo entre una y otra, hallaríamos que ambas están á la cabeza de los conocimientos humanos. La Química tiene la ventaja de conocer con exactitud las leyes de las fuerzas que obran sobre los átomos físicos; mas no conoce estos átomos; en cambio la anatomía, si no comprende bien aún las leyes moleculares de la vida, tiene sujetos bajo el dominio de la vista los átomos vivientes, y los mide, cuenta, descompone y disgrega, los transforma, polariza y disuelve de infinitos modos; y de día en día va ganando terreno en la interpretación de las leyes por que se rigen. Una y otra están á tal altura y con tanta eficacia se auxilian, que tal vez el día menos pensado un solo descubrimiento físico ó anatómico haga cimbrear á la sociedad entera.

Llegamos ya al examen de la Patología, blanco á donde dan por filo los tiros de la mala fe y de la ignorancia. Hablad, discutid con un adversario de la Medicina, mas que sea hombre ilustrado y de buenos deseos, y ved lo que con él os pasa. Si contáis con fuerzas para persuadirle, veréis como al principio va perdiendo terreno. De buen grado os confesará que no alude á la Anatomía, á la Obstetricia, á la Higiene, á la Patología quirúrgica; os concederá también los admirables adelantos de la Toxicología y los buenos servicios de la Medicina forense. De todo os hará exclusión, si tenéis bastante fibra para regatearle palmo á palmo el terreno, y aún más: si os empeñáis reconocerá los adelantos terapéuticos; pasará por todo; pero no lograréis que se reconcilie con la Patología interna, ni había de lograrlo el mismo Hipócrates si resucitara para solo ello. En verdad que es este un hecho muy significativo, cuya explicación encuentro clara, por poco que se tengan en cuenta la índole del hombre y la historia de la Medicina interna. Detengámonos un momento en las causas de tan invencible antipatía.

Un padre pierde dos hijos; muere el primero á consecuencia de un derrame cerebral, ocasionado por fractura del cráneo; el segundo también de un derrame en el cerebro, pero derrame causado por una afección tifoidea. La causa determinante de la muerte ha sido la misma en los dos casos, y no obstante, el padre, aunque sin consuelo por entrambas pérdidas, se conforma con la del primero; porque él vió por sus propios ojos el mal, pudo valorar su gravedad, y comprender la ineficacia de los recursos humanos; al paso que no le es posible esta conformidad por la muerte del segundo, supuesto que no comprende esa perturbación de la fuerza vital, ni los estragos que causa, ni menos aún puede explicarse la impotencia del hombre

para remediarlos; por manera que si le es posible reconciliarse con el cirujano que cuidó, tal vez con impericia, el mal quirúrgico, jamás perdonará al médico, acaso hombre eminente, que no pudo obrar milagros sobre un tifus rebelde. Todavía hay más: en el primer caso no caben teorías absurdas, porque ahí está la fractura para desmentirlas; mas en el segundo, no solo el padre, sino los hermanos, amigos, y parientes teorizan á destajo; sostiene cada cual su diagnóstico; unos opinan que el mal era nervioso, otros lo dan por inflamatorio, éstos lo califican de afección gástrica, aquellos creen que el enfermo murió del médico, y unos y otros suelen acabar por no entenderse, aunque salvándose siempre del general desconcierto una proposición en que todos convienen; esto es: *que en Medicina no se sabe nada*. Además, como la mayor desgracia de los grandes hombres está en haber de ser juzgados por hombres pequeños, acontece que todos los sistemas, todas las escuelas pasan á ser en manos del vulgo ridículas parodias de la primitiva idea; así para el público, Brown dijo que todas las dolencias son debilidades, que se deben curar con jerez y sendas tazas de caldo; y Broussais, que no hay más que inflamaciones, y que la dieta y las sangrías lo curan todo. Con tamaños desbarros, ¿qué mucho que el ilustrado público nos juzgue por locos de atar, que se tenga por tan probada la obscuridad de la Medicina? ¡Pobre humanidad y cuán desatinada te muestras cuando obscurece tu razón la niebla de la ignorancia!

Estas son y muchas otras, que ni recordar quisiera, las causas de la animosidad de que es blanco la Patología interna. Pero es lo cierto que tanto ella como la Patología quirúrgica progresan con un movimiento uniformemente acelerado, como todas las ciencias. El examen de la sangre (1), la auscultación, la percusión (2) la microscopia patológica (3), la análisis de las excreciones, la exactitud de los datos anatómicos, la certeza sobre las funciones de los órganos, la valoración de los cuadros sintomatológicos por las autopsias, y finalmente los adelantos de los distinguidos especialistas contemporáneos, han sido fuentes inagotables de recursos con los cuales la Medicina puede formar con seguridad, casi siempre, el diagnóstico de

(1) Véase á Andral y Gavarret.

(2) Véanse las obras de Laennec, Piorry, Skoda, Barth y Roges, etc., sobre Auscultación y Percusión.

(3) Léase la interesante Memoria sobre la aplicación del microscopio al diagnóstico diferencial del cáncer y al del tubérculo, escrita por el *Dr. D. Carlos de Silóniz*, Catedrático y Director de trabajos anatómicos de la Universidad de Barcelona.—Inaugural de la Academia de Medicina.—Enero del presente año.

las enfermedades y blasonar de exacta. Si del diagnóstico ó conocimiento de las dolencias internas pasamos al de las quirúrgicas, hallamos en él la misma perfección, igual progreso. Ved si no la exactitud con que se traza el diagnóstico diferencial de todas las oftalmías, el de las enfermedades eruptivas, de las diversas afecciones sífilíticas, de las variedades de litiasis ó mal de piedra, del cáncer y de todos los tejidos de nueva formación ó patológicos; véanse las últimas observaciones sobre el establecimiento del callo en las fracturas y de la formación del pseudartrosis en ciertos casos de fracturas y dislocaciones; véanse los preciosos datos suministrados por la aplicación del microscopio al diagnóstico de un sinnúmero de enfermedades externas; véase los beneficios que han traído las aplicaciones de la percusión y la auscultación á la Cirugía; véase, finalmente, con qué exactitud se determinan hoy, merced á la precisión anatómica, el origen de los abscesos por congestión, el sitio de las caries ocultas y las relaciones en que están los órganos de una región cualquiera con los tumores anormales extirpables, ó con los herniarios que requieren operación cruenta. Si esto no es progresar, venga Dios y véalo.

Sigue á la ciencia del diagnóstico la terapéutica, como la sombra al cuerpo, como el aire al vacío; porque de nada sirviera el conocimiento exacto de las dolencias, si no nos sugiriese los medios de sanarlas. Aquí debo hacer un alto, antes de exponer las conquistas de la Medicina moderna. Al dirigir el vulgo sus diatribas contra la terapéutica, las funda en dos razones muy atendibles, apoyadas á mi ver las dos en el principio inconcuso de que el fin de la Medicina patológica es el remedio. Sostiene el vulgo: 1.º, que con estas idas y venidas de sistemas opuestos, la Medicina no puede progresar nunca, pues lo que hoy se tiene por útil, mañana será desechado por nocivo, viéndose de continuo obligada la ciencia á desandar lo andado; 2.º, que al ver á dos, tres ó más profesores calificar diversamente ó tratar de distinto modo una misma enfermedad, es forzoso deducir ó que ninguno entiende el mal, ni el modo de curarlo, ó que á lo más uno solo de entre de ellos da en el hito de la cuestión, y que por lo tanto la Medicina es una ciencia de acertijos. Voy á hacerme cargo de estas dos objeciones; mas antes necesito hacer una salvedad. Si á un hombre que se titula químico le pedís que os analice una disolución salina, y os contesta que la sal es de barita, pues precipita en verde por la potasa, ¿qué diréis del químico? Si acudís á uno que se dice astrónomo para que os dé lecciones sobre el sistema planetario, y veis que os hace estudiar en el *Almagisto* de Ptolomeo, ¿qué diréis

del astrónomo? Diréis de ellos lo que os pareciere; pero no creo que por los ejemplos de tal astrónomo ó de tal químico pretendierais probarme que la Química y la Astronomía están en mantillas. Quédese, pues, esto en turbio, que no en claro; porque cuanto dijere de más, estaría de menos. Hecha la salvedad, pasemos al examen de las dos objeciones, de las cuales la primera puede ser reducida á la proposición siguiente: *Los sistemas en Medicina arguyen antagonismo y falta de solidez en los principios é impiden el progreso de la ciencia.* En primer lugar, los verdaderos sistemas médicos distan mucho de estar opuestos, y voy á probarlo con breves razones. Hipócrates fundó el sistema eterno de la racional observación sin límites; en él comprende el examen de los tejidos, de los humores y del principio vital en su modo de obrar sobre unos y otros.

La escuela antigua de los solidistas fué la Medicina hipocrática, fundada en la observación de los tejidos; la de Galeno hizo predominar la observación de los humores; el sistema neumático de Ateneo no es más que el tercio restante de la escuela hipocrática; la parte vitalista de la Medicina eterna. Tales fueron las verdaderas escuelas anteriores á la era cristiana; á saber: una escuela hipocrática dividida más tarde en tres sistemas: solidista, humorista y vitalista. Y después, ¿qué sistemas *fundamentales nuevos* ha tenido la Medicina? Ninguno, absolutamente ninguno. Desde la aparición de la yatroquímica ó humorismo de Silvio, hasta el hipervitalismo de Samuel Hanhemann, ¿qué veis sino el renacimiento sucesivo del humorismo, solidismo y vitalismo, iguales en el fondo á los antiguos sistemas, y solo un tanto modificados por el espíritu de la filosofía del siglo? Para quedar firmemente convencidos de esta sucesión, para palpar esta verdad, no hay más que recurrir á la Historia, madre de la experiencia y fuente del buen criterio. Ella nos da razón de cómo los hombres pudieron protestar de la doctrina hipocrática, cegados hasta el punto de creerse capaces de reformas perdurables; nos enseña la causa de la diversa fisonomía de un mismo sistema, según el siglo en que reaparece, y nos hace ver que la exageración de cada escuela es la causa suficiente de la aparición de la escuela opuesta. Cierto que el examen superficial de los sistemas nos hace creer que tal confusión debe haber sido una rémora para la Medicina; pero la verdad es que ni en ellos ha habido confusión, ni han sido rémora. La efervescencia que producen los sistemas es tan vital para la Medicina como lo es para el mar la agitación continua de sus olas. Si la ciencia hubiese disfrutado desde Hipócrates una paz octaviana, todavía fuera arte lo que hoy es ciencia; cuando al contrario, desequi-

librados los tres elementos del principio hipocrático, y comenzada la pugna, cada escuela dejaba al morir, en el campo de la discusión, un riquísimo botín científico, que al pronto quedaba en poder de la escuela vencedora; ésta á su vez amontonaba tesoros con el ambicioso fin de dominar sola en el mundo; mas como, así en el orden moral como en el físico, no hay acción sin reacción igual y contraria; llegada la hora, la escuela dominante moría á manos de otra de las dos, vuelta á renacer y con mayor encono; y así por esta serie de triunfos y derrotas; por esta alternativa aparentemente dañosa, la Medicina eterna se halla actualmente dueña de un inmenso botín que nunca jamás hubiera poseído siguiendo la pacífica y templada marcha del virtuoso Hipócrates. Creía Broussais ser enemigo natural de Brown, de Willis y de Sydenham, y sin embargo, los cuatro eran hermanos, como lo fueron todos, hijos legítimos de aquel que sentó como cánon, que en las enfermedades se afectan *partes activæ et moventes, partes motæ et spiritus*. Solo la sinceridad con que los hermanos se creían enemigos, pudo traer la exageración de unos sistemas que en el fondo están comprendidos en las concisas frases del padre.

Véase, pues, cómo va descaminado quien cree que los sistemas médicos son todos hijos de principios fundamentales opuestos, y no de un solo y único principio, y cómo á ellos se deben, por la fuerza de la emulación y del estímulo, las conquistas de que se envanece en el siglo actual la Medicina.

Sobre la segunda objeción pocas palabras bastan para desvanecerla como el humo. Supongamos una junta de médicos cumplidos, que estén discordes sobre un caso dado. ¿Estriba el desacuerdo en el diagnóstico ó en el tratamiento? La divergencia sobre lo primero no puede suscitarse sino en rarísimos casos entre buenos profesores; pues ya dejo expuesto el grado de exactitud á que ha llegado el diagnóstico. Entonces debe suponerse que no se avienen en punto al tratamiento. En efecto, tal desacuerdo ocurre muchas veces; y veamos á qué se debe. Una de las grandes conquistas que hemos reportado de los sistemas, es la multiplicidad de métodos terapéuticos. Citaré un ejemplo sencillo que esté al alcance de todo el mundo; sea el caso una gastritis crónica, ó irritación de estómago, tan fisiológica ó brusáica como se vea en la práctica, y tan poco dispuesta, como suelen serlo todas, á curación espontánea. Pues bien: ¿queréis tratarla á lo hipocrático por la higiene, y por los deterativos y astringentes apropiados, v. gr., el nitrato de plata cristalizado, el subnitrato de bismuto? hacedlo, y la gastritis sanará. ¿Deseáis mirar la irritación bajo el punto de vista de Broussais? Ordenad sangrías locales,

cortas y frecuentes, y venceréis la dolencia. ¿Preferís medicarla á lo Brown? Dad al enfermo remedios tónicos; á cierta dosis de ellos el mal se disipará, y trabajo os mando para que demostréis que no habéis curado homeopática ó sustitutivamente la gastritis. ¿Queréis otro método? Tratadla por la nieve; suerte de medicación muy segura, y cuya explicación se aviene con las teorías de todas las escuelas del mundo.

¿Y á esto se llama falta de principios? Esto debe llamarse en buena lógica, sobra de recursos. De mí sé decir (y me cito á mí propio porque con valer tan poco formo mejor prueba), de mí sé decir, repito, que con tal acopio de medios terapéuticos jamás me he visto en apretura, y he conservado siempre ante las afecciones curables más tremendas toda la calma del raciocinio. Concíbese, pues, la divergencia entre dos ó más facultativos sobre el método terapéutico más conveniente, sin que esto arguya poca fijeza en los principios; antes al contrario, prueba que en Medicina puede lograrse un mismo objeto por métodos muy diversos. No me detendré en la exposición de los innumerables recursos que ha adquirido la Medicina y sigue atesorando un día y otro sin cesar, gracias á la infatigable actividad de todos los sabios, tanto médicos como naturalistas. Abrid en cualquiera página el tratado de Terapéutica de Trousseau y Pidoux; revisad los periódicos médicos, farmacéuticos y fisico-químicos de Europa; leed los trabajos de las Academias alemanas, sobre el ensayo de los medicamentos en el hombre sano; consultad las obras de cirugía; leed á Velpeau, y veréis lo que han sido y lo que son los procedimientos operatorios; enteraos de esa ciencia nueva y fecunda, cuales, la aplicación de la Química al examen de los medicamentos en la transpiración, en las lágrimas y demás humores; añadid á todo esto la incomparable adquisición de la vacuna, del cloroformo, del colodión, de los alcaloides, y ved la manera como el remedio antes amargo, empalagoso, nauseabundo, fétido, va reduciéndose hoy á la parte virtual del medicamento; ofreciéndose en el volumen de una fracción de grano la misma cantidad que antes se contenía en un gran vaso de repugnante brebaje. Si todavía vuestra ambición no está satisfecha, si exigís á la Terapéutica más de lo que se comprende en lo que llevo expuesto, volved la vista hacia los seres más desdichados de la tierra, hacia los pobres dementes.

(1) «Un Manicomio es en nuestra época un edificio magnífico, con

(1) Fragmento de la notable *Memoria* del Dr. Pi y Molist, alienista de Barcelona, sobre la Colonia de Orates de Gheel en Bélgica, una de las obras de mayor importancia que se han escrito en España en estos últimos tiempos.

todas las condiciones higiénicas; asilo piadoso, donde se van enjugando las lágrimas del más atroz de los infortunios; establecimiento benéfico, donde se combaten y con frecuencia se vencen las enfermedades mentales. No es ya una cárcel; es un hospital. Habitaciones capaces, claras y ventiladas; jardines y otros sitios de socorro y recreo; muebles cómodos y decentes constituyen sus pormenores. Los calabozos han desaparecido y se han roto las cadenas. El orden, el silencio y la calma, resultantes de un servicio atento y esmerado, de una disciplina bien entendida, han reemplazado al continuo furor de otros días, y por maravilla se observa este epifenómeno. Los medios de represión van cayendo en desuso, y los que todavía se emplean, son muy suaves, no lastiman ni degradan. Se ha instituido el trabajo como base de la Terapéutica moral, á título de moderador poderoso de los movimientos desordenados, y de estimulante enérgico de las fuerzas deprimidas, que figuran en el cuadro sintomático de ciertas formas de la enajenación mental. La instrucción reanima acaso una débil chispa de inteligencia, casi extinguida bajo el peso del delirio, ó despierta las facultades de un individuo que en el orden moral é intelectual era un inepto rematado; todo es benevolencia, conmiseración, dulzura, solícitas atenciones, cariño. El hombre es consolado en la mayor y más horrible de sus desgracias. Su dignidad ha salido victoriosa.»

Baste, pues, lo dicho, para dejar sentado que la Terapéutica progresa.

Llego ya al último punto de mi discurso sobre el cual seré muy conciso: me refiero á la ciencia que cuida de la conservación de la salud del individuo y de la sociedad; ó sea de las higienes pública y privada.

A cualquiera persona medianamente instruida se le alcanza el poder de la higiene del individuo. Esta en verdad no progresa, por la misma razón que no progresa el decálogo, ni cambian los principios naturales y religiosos sobre los siete vicios y las siete virtudes; preceptos eternos, que no admiten más ni menos, ni antes, ni después, ni ahora. Sobre ellos está basada la higiene individual en su sentido más lato, comprendiéndose en ella la medicina de las pasiones. Mas si esta es inmutable no así la higiene pública, á cuyos trabajos deben hoy día los pueblos la sanidad de que gozan. Visitad las calles, los mercados, las cárceles, los talleres, los hospitales, los establecimientos de maternidad, los colegios privados; recorred la legislación en todo aquello que atañe á la educación primaria, al ejercicio de las artes industriales, al ingreso en las quintas, á la abolición de las

enojosas cuarentenas; en una palabra, en cualquiera parte á donde volvais los ojos, allí veréis impresa la mano bienhechora de la Medicina preventiva. Además, la higiene pública se hermana con la Economía política y la Estadística; las tres forman una ciencia que en pocos años ha resuelto los más intrincados problemas sociales, y que está destinada á llenar de asombro á la humanidad, reduciendo á teoremas claros y terminantes, los verdaderos principios constitutivos de las naciones.

Creo, Excmo. é Ilmo. Sr., que puedo dar por terminada mi tarea: dejo demostrado el progreso positivo de las tres ciencias cardinales de la Medicina; la ciencia de la enfermedad, la de los medios de combatirla, y la de los consejos para evitarla.

En verdad que el asunto es demasiado vasto para desenvuelto en tan estrecho espacio; pues el examen detenido de todas las partes que abraza este discurso, requiere por lo menos tres volúmenes. Lo que dejo indicado, basta para que toda persona ilustrada y de claro discernimiento reconozca y confiese que la Medicina está á la altura del siglo.

Quede, pues, de hoy más vindicada la noble ciencia de Hipócrates, y comience el vulgo á respetar á los verdaderos ministros de ella. Cierre los labios la maledicencia, y guarde el respeto debido á virtudes que no conoce ni comprende. Cuéntanse á centenares los médicos que han perecido víctimas de su afán científico, y á millares los que en las epidemias perecieron como héroes, en espantable y desigual combate con la muerte. Con solo tener en cuenta tantos sacrificios hijos del amor á la humanidad, nadie debiera poner en su boca la Medicina, si no fuese para ensalzarla y para bendecir á los ministros que la ejercen; que así encargó que se hiciera nuestro inmortal Cervantes, el critico más juicioso y templado que han visto y verán los siglos. Pues qué, ¿acaso somos de diversa condición que los demás hombres, para que así se nos denueste, porque mal grado nuestros inauditos esfuerzos no alcanzamos á hallar remedio para todo, y á descubrir el secreto de restaurar al viejo y tornarle á su mocedad primera? Si se nos cree inferiores á los demás, vengan los que tanto claman y hagan por adelantar la ciencia, y si se nos cree de igual condición que el resto de los hombres, ¿á qué la diatriba? ¿á qué la injuria?..... ¿Pero, qué digo? Si las obras de la humanidad están en abierta contradicción con sus palabras. No hay secreto que no guardemos; ni amargura que no hayamos de endulzar con evangélicos consuelos. ¡Mil y mil veces la suerte de una familia entera

pende de una palabra inadvertida que el médico deje escapar de sus labios; y, sin embargo, al entrar por la vez primera en el seno de una familia, todo se nos confía!..... Es la sociedad para nosotros lo que el pueblo industrial para con los ricos; mal avenido con todos, y esclavo voluntario del que le trata de cerca.

Crea, pues, la sociedad en las verdades y en los progresos de la Medicina, y le será mejor contado; porque llevará á su alma la convicción de que no alcanzamos á más porque las humanas fuerzas no alcanzan á obrar milagros. Tales creencias y convicciones son de mayor interés para la sociedad que para nosotros mismos. Para bien de ella escribo, y no por miras de interés menguado.

El hombre en su peregrinación por la tierra necesita protección, remedio y consuelo. La justicia le protege; la Medicina remedia sus dolencias, y la Religión le alienta y consuela en todas sus adversidades. Las tres enlazadas con el común vínculo de la Caridad se ayudan mutuamente; así la Ley se asesora de la Religión y de la Medicina; ésta recibe de la Ley la autoridad, y de la Religión la santidad del ministerio; y la Religión suple por todas, acompañando al hombre desde su lecho ó desde el cadalso al cielo, cuando la Medicina ó la Justicia no acertaron en salvarle acá en la tierra.

Tengamos fe en las tres, y venerémoslas como á emanadas del cielo; y con esto haremos más llevadera la vida en este valle de lágrimas.

HE DICHO.

CURSO DE ANTROPOLOGÍA INTEGRAL

COMO TEORÍA DE LAS RELACIONES ENTRE LO MORAL Y LO FÍSICO

APLICADA Á LA PRÁCTICA MÉDICA

PLÁTICA INAUGURAL

Amadísimos condiscipulos míos por comunidad de Escuela, y hermanos en Esculapio por nuestra médica filiación.

Aquí me tenéis en alma propia y cuerpo graciosamente prestado; si os dicen que por imposibilidad nacida de corporales quebrantos permanezco en Madrid, no lo creáis; ahora estoy aquí con vosotros;

en este venerando anfiteatro, testigo antaño, así de mis travesuras estudiantiles como de mis entusiasmos profesoriales; aquí estoy, entre vosotros—¡vaya si estoy!,—y alojado espléndidamente en el hospitalario cráneo de nuestro común Jefe, Decano vuestro de oficio y mío de afición, en cuyo socorrido cerebro me encarno, de cuya sugestiva voz dispongo, como verbo mío, y de cuyo cuerpo me valdré luego para dar á uno de vosotros, en representación de todos, un abrazo proporcionado á la inefable gratitud que os debo y de la que nunca jamás podré, ni intentaré quedar desobligado. Aquí estoy, si; no deis crédito en esto á vuestros ojos, antes dádselo á vuestra imaginación, que ve más que la vista, pues ve lo que quiere, y con esto os bastará, probado de sobra lo mucho que me amáis, para que me contempléis presente en este sitio, pues en realidad lo estoy. Presencia es ésta, en el orden espiritual, tan positiva como en el material lo es la de esta mesa demostratoria donde en miles de cadáveres apoyé en otros tiempos mis lecciones; presencia es ésta que hago efectiva merced á aquel don social humano sin el cual el de la palabra no hubiera bastado á determinar progresiva cultura; merced al tan sencillo como sublime recurso que Platón calificó de «voz inmensa y perpetua, ideada por Dios ó por un hombre divino»; merced, en fin, á la nunca bastante celebrada y bendecida invención de la escritura. No en balde se apellida «hombre de pluma» á quien lleva oficio de escribir; por milagro de tan simbólico ensér transfórmase el pensamiento humano de parásito en volador, y así por la pluma vuela, llevando consigo, á través de los espacios y á lo largo de los tiempos, todas las potencias y afecciones del alma. Sin este recurso de espiritual emancipación, ¿cómo lograría yo hoy llegar, á despecho de mi estado físico, hasta vosotros? Mi voz clamante en las orillas sin río del Manzanares, hubiérase perdido, por difusión aérea, á pocos cientos metros de distancia; todo esfuerzo de la palabra habría sido ridícula temeridad. En vano algún ciego de espíritu negará que el mío haya llegado á Barcelona transfundido en estas cuartillas que veis. Pues, ¿qué? Si yo os hablara telefónicamente desde Madrid, ¿dejaría por ello de ser mi palabra propia la transmitida á este lugar por el pabellón colector del aparato? Y si ese colector fuera macrofónico ó de estentóreo aumento, que, en lugar de transmitir á cada uno de vosotros aquella vocecita cascada de rata sabia, que por el ordinario teléfono nos llega al oído, os transmitiera á todos á un tiempo y con natural intensidad mis razones, ¿no sería asimismo mi voz la que todos oyerais?

Pues, reparad que por obra de un colector vivo, de un fonógrafo

condensador animado estáis recibiendo directamente mi palabra; solo que el fonógrafo por cuya mediación tengo la dicha de hablaros no es invención de Edison, sino obra de la Naturaleza, y con estar hecho según modelo prehistórico, anterior á toda humana industria, resulta infinitamente superior á los modernos. Por donde veréis confirmado una vez más que *nihil sub sole novum*, y hasta qué punto los fonógrafos más antiguos son justamente los más valiosos. Cualquiera compra hoy á humilde precio el mejor aparato físico transmisor de la voz; yo no cambiaría á mi Juan Giné por todo el oro del mundo. Y ¿cómo lo contrario si entre las mil y una excelencias que todos en él celebramos, tiene para mi uso telefónico las tres singularísimas de quererme mucho, comprenderme pronto y remendarse por sí mismo si por acaso se estropea? ¿Cuándo llegarán á tanto los artificios ideados por todos los Edisons nacidos y por nacer?

Y reiros de quien os dijere que ahora estoy trabucando las especies, por cuanto lo que mi eximio colega tiene en la mano es un puñado de cuartillas y no un receptor telefónico ni un multiplicador fonográfico. Si; reiros de él, porque, ¿qué más da lo uno que lo otro si, al fin, todo ello es ondulación, inclusa la misma humana palabra? ¿No es el habla un sistema de movimientos laringo-bucal por el cual el espíritu, cual recatada monja tras velo y celosía, comunica á los demás, sin él mostrarse, sus estados de conciencia? Pues, si la boca es mera bocina del alma, y, desde cualquiera bocina artificial hasta el teléfono, todo aparato constituye en puridad una prolongación de la boca, asimismo en rigor de verdad la escritura, que es una como *cristalización* del movimiento lógico realizado *ordinariamente* por la mano, constituye una función tan rigurosamente parlante como la oral misma. Y dije «*ordinariamente*», porque si, por excepción, alguno de vosotros hablare teniendo colocado bajo la lengua el *glosógrafo* inventado en 1882 por el ingeniero italiano Amadeo Gentilli, ú otro análogo artificio, vería con asombro que su boca, al compás que perora, va dejando escrita su propia perorata en la tira sin fin del rollo registrador, identificando de un golpe el habla, la taquigrafía y la escritura corriente. Con que, ya veis, que miradas las cosas á vista de pájaro, y no á vista de topo, estas cuartillas que en su mano tiene el ilustre lector en cuyo cerebro residio como diablillo en cuerpo espiritado (aunque á prueba de exorcismos por la gran voluntad con que me aloja) son, merced á la forma de los signos marcados con tinta en el blanco del papel, verdaderas ondulaciones idénticas á las del teléfono, solo que, por cuajadas, se conservan como el queso, indefinidamente, empero dispuestas siempre á derretirse de

nuevo y agitarse al calor del entusiasta afecto que me profesa el eximio Dr. Giné, quien, por este solo hecho, funciona en mi obsequio como el más perfecto y sublime de los fonógrafos posibles.

Ved, pues, cuán cierto es lo que antes os dije, y, sobre todo, cuán indiscutible resulta el hecho de que yo estoy aquí, que es la tema en que he dado, pues estoy por arte de *Espiritismo positivo*, ó sea, por la maravillosa industria que el hombre ideó para que su alma vuele libre, libérrima, con real y efectiva espiritualidad, sin reparar en la extensión del espacio ni en la duración del tiempo. Y entended, además, que ahora mi alma está con vosotros por entero, con todas sus facultades, afecciones y apetencias, pues, en estos momentos, las ganas de veros y abrazaros, el afán de transfundiros lo poco que, relativamente á vuestro actual conocer puedo enseñaros, el interés en que mi palabra os sea grata, el natural estado de impaciencia, de verdadera ansiedad por saber cuál sea la acogida que me dispensais, y cuánto, en fin, de espiritual actividad hay en mí, téngolo con vosotros, á tal extremo que, á la hora presente, no quedan de mí en la Corte más que unos 200 huesos mal contados, algo de carne magra para moverlos en caso de precisión, y un paquete de entrañas que, por habérmelas Dios adjudicado encuadradas en rústica, andan ya más ajadas y descosidas que libro de texto á fin de curso.

Quizás al llegar á este punto ya vuestro racional instinto os ha advertido que mi empeño en demostraros, con pruebas tan inesperadas como ciertas, mi asistencia á este acto, nace de algo más hondo y serio que el fútil prurito, por mí jamás sentido, de hacer retórica por hacer retórica, ó de labrar un exordio meramente literario.

En efecto; tan serio y hondo es mi empeño en que me sintáis presente, que no cabe en mi alma otro que le aventaje en seriedad y hondura.—Atendedme y juzgad. En trece años mortales que llevo de sufrir horriblemente día y noche y de contemplar, con fría mirada de clínico, el definitivo naufragio de mi salud, el de toda esperanza de respiro por razonable mejoría y la aterradora suerte que mi estrella me depara de vivir siempre muriendo sin lograr nunca morir, dos solos recursos, en el orden humano, me están alentando y sosteniendo; uno la imaginación, otro la voluntad: por la primera mantengo joven mi espíritu para inventar recursos que me abstraigan de la realidad de mis males; por la segunda insisto y persisto en tan saludable abstracción. De suerte que, para mí, el mayor servicio de amistad está en que se me ayude á perseverar en esta vía, según así lo consigno en la dedicatoria de mi *Curso de Clínica general* al eximio doctor D. Enrique Suender, donde declaro, en honor

suyo como clínico y como médico mío, que «cuando á otros prescribiera narcóticos, á mí, por ser como soy, me suscita espirituales empeños, en alas de los cuales logro escapar del mundo, perder de vista el dolor y dar con ello tiempo al tiempo y alientos al alma atribulada.»—Sistema es este cuyos portentosos resultados recomiendo, con esta ocasión, á quien quiera de entre vosotros que algún día cayere en desesperado infortunio, pues, en lo humano, y aparte lo que atañe al orden religioso, siempre el infortunado hallará en los dos señalados recursos una constante y positiva ayuda, bien como al náufrago le sirven de insustituible sostén la tabla salvadora que, al par de la imaginación, le mantenga á flote, y los restos de velamen, que, cual eficaz voluntad, le lleven, henchidos por el viento, agua adelante.—Merced, pues, al auxilio combinado de la voluntad y la imaginación he podido, en tantos años de corporal naufragio, navegar sin ir á fondo; quiero decir, sin rendirme espiritualmente en vida á mi adversidad; fracaso millones de veces más aciago que la muerte real y efectiva. Así, precisamente en este período funesto de mi vida ha sido cuando he dado á luz las más acentuadas muestras de actividad espiritual, y con gran fundamento de razón todos mis amigos aseguran que yo, en salud, no hubiera acometido ciertas empresas que, en lucha contra los más acerbos sufrimientos, he llevado á cabo. Y ello se explica en quien felizmente conserve íntegras la imaginación y la voluntad; porque habéis de saber, cuantos de ello felizmente no tenéis experiencia, que el luchar con la fatalidad, sin auxilio de milagros, empresa es que vale la pena, puesto que en ella, de resultar vencidos, no quedáis deshonrados, siendo tan formidable como es el enemigo, mientras que, de salir vencedores, os sentís más ufanos de la victoria que el propio mancebo David á la vuelta de la suya sobre Goliat el gigante. Y en esto los días pasan muy breves y las penas no pesan tanto; que este es, al fin, el negocio más seguro que cabe redondear en toda desgracia perpetua ó sin remedio.—Todo el punto del buen ánimo, ante tamaño desahucio, está en hacer de la desesperación un estado normal y á él acomodarse, ni más ni menos que todos en salud nos acomodamos al ineludible desahucio natural de haber nacido mortales. Nada más ruinoso, para la fuerza moral de quien ve clara su positiva irremediable perdición, que cerrar los ojos á la evidencia para creer que «mientras hay vida hay esperanzas»; máxima afeminadora, funesta para casos tales porque conduce á una serie de alternativas de ilusión y desengaño que van zarandeando y rindiendo de día en día al espíritu del propio desahuciado.—Cierto que, por mi sistema, se su-

fre tal cual caída, porque nadie tiene la virtud del heroísmo perenne; como no hay máquina capaz de producir el movimiento continuo; empero, cuando, por raro caso, me postro de alma, no tardo en rehacerme del desmayo, para reanudar luego y con mayor denuedo, empuñada la lanza de la voluntad y abrazado el escudo de los ideales, la por momentos interrumpida lucha. Así es que mi pronóstico de mí mismo es terminante: el día en que me veáis viejo de ánimo, dadme por muerto.

Ahora bien; por esta revelación de mis industrias de desahuciado, fácilmente comprenderéis la razón de mi empeño en demostraros que estoy aquí. Yo, que en todo caso y momento acepto la lucha con mi triste realidad, me empeñé en venir, y he venido, precisamente porque todas las leyes físicas y patológicas se empeñaban en que esto no era posible. A ello apliqué mi porfia para trocar en real lo ideal y en posible lo imposible. ¡Pues ahí era grano de anís para mi corazón, ante la muestra de simpatía personal que esta amada Facultad se dignó ofrecerme en los comienzos del presente curso, resignarme á la impotencia de venir á veros y abrazaros, y oiros y hablaros y bendeciros!—¡Quiá! ¡En mis días paso yo por tan flemática renuncia!—*De ahí, pues, mi empeño, no en convenceros de una ficción, sino en demostraros el hecho real y efectivo de que me tenéis aquí, según dije, «en alma propia y cuerpo graciosamente prestado».* Y ahora llego á más y os afirmo que, en rigor, y aunque por partes, estoy todo en esta casa, pues si aquí me tenéis de alma parlante, en la sala práctica me conserváis de cuerpo presente.

¡Feliz yo si he llegado á convenceros de que, por ley de *Espiritismo positivo*, natural y real, la palabra del lector de mi texto es, durante la lectura, rebote fonográfico de la mía. Sin esta previa, pero perfecta convicción de parte vuestra, nada puedo lograr; con ella, todo. Calaverada colectiva es la que os propongo, pues solo con ayuda de vuestro compañerismo me será posible jugarle á mi mala estrella una broma de las más chuscas que le llevo dadas y hacerle, á coro con vosotros, tres higas de añadidura.—Con nuestro insigne Decano sé que podemos contar, porque es de los maestros en quienes nunca se extingue la estudiautil levadura y, sin que me lo haya dicho, os puedo asegurar que, desde que hojeó estas cuartillas, vive absolutamente convencido de que yo resido en su cerebro, y que á semejanza del alguacil alguacilado de Quevedo, que tenía metido en el cuerpo, en lugar de un demonio, otro alguacil, á él se le ha colado en el cerebro el alma de otro catedrático, y que éste soy yo, y de ahí no le han de sacar ni á tres tirones, y asunto concluído; que en

esta flexibilidad de espíritu, ó frescura de voluntad para empresas de imaginación y aventuras de ingenio, están la raíz y el meollo de la perpetua juventud del alma, y por tanto, de la perpetua *estudiantez* de un maestro.

Nada digo del galimatías que por la ciudad se va á armar á poco que me ayudéis en mi singular propósito. Porque, suponed que os vais derechos al venerable Dr. Silóniz, quien, por el grande amor con que yo correspondo al suyo y por haber sido él mi Jefe de trabajos anatómicos y ser hoy el Decano de todos mis amigos en el mundo, no puede concebir que yo venga á Barcelona sin avisárselo....., ó imaginad que os hacéis enconradizos con el elocuente Dr. Batllés, quien á su vez no comprende mi llegada á ésta sin previo telegrama de aviso, por ser en la Facultad mi sucesor y estarle yo en deuda impagable de magistral apología..... y armáis con uno ú otro un diálogo de esta *lessitura*:—«¡Qué conferencia tan templada nos acaba de dar en el anfiteatro el Dr. Letamendi!—«¡Cómo el Dr. Letamendi!»—«Sí, señor; el mismo».—«Pero chico, ¿usted se chancea!»—«No es broma, Sr. Doctor; puede usted preguntarlo al Sr. Decano».—«¿Dónde está D. Juan?»—«En el Decanato».—«Pero, ¿dónde se hospeda Letamendi?»—«¡Oh! Ya, á estas horas, está camino de Madrid.....» Total: que como toda noticia, pasando de unos á otros, se abulta y altera hasta lo increíble, resultará que, á despecho de la definitiva inteligencia en que acerca del caso logréis ponerlos todos dentro de esta Casa, ya no faltará en la ciudad condal quien me haya visto bajar del *sleeping-car*, quien me haya hablado en el andén, y hasta quien, por mostrarse garboso, me haya tenido á almorzar en su casa; encontrándome yo, á mi vuelta á la Corte, con una granizada de telegramas y cartas en queja de mi adusto comportamiento. Con alcanzar el embrollo estas alturas, ya empezará á dar gusto, ¿no os parece?.....

Entretanto, puesto ya aquí, y habiéndoos dicho por qué he venido, voy á comunicaros el «para qué», ó sea, el fin concreto de mi viaje.

Por lo pronto, os diré que he venido á explorar vuestros gustos como las madres exploran los de sus hijos en la proximidad del día de Reyes, pues sería doble lástima, ya que lo fuera por vosotros y por mí, que no resultara de vuestro agrado aquello que yo colocare en la zapatilla de vuestros deseos, puesta por vosotros en el balcón, la víspera de mis ulteriores incursiones; las cuales son tan espirituales, si no tan regias, como las clásicas de Sus Beatas Majestades, Gaspar, Melchor y Baltasar. Y como en materia de gustos la más certera ex-

ploración es la directa, resolví, por aquello de que «hablando los hombres se entienden», venir para solo ello, y así lo he hecho, y vengamos al caso de mi consulta, comenzando, como en las historias clínicas, por los datos anamnésticos. — Fijad en ellos vuestra atención.

Honores como el que esta insigne Facultad, en cuyas entrañas me engendré de médico, se ha dignado dispensarme en vida, elevándome por el arte y la pompa, al par del preclaro difunto Antonio Gimbernat, á la categoría de los inolvidables, no son para agradecidos de palabra; requieren obras, pero obras tales que en todo respiren gratitud, en nada el más leve intento de cancelar la deuda contraída. Cierto que, al recibir en Madrid la nueva de la gran solemnidad celebrada en este sitio el 13 de octubre último, ningún pensamiento claro y definido se ocurrió á mi mente, porque toda mi sangre me refluó al corazón y una mezcla indefinible de estupor y enternecimiento embargó mis potencias.—Estupefacto me dejaba tanto honor ante el sentimiento de la poquedad mía para merecerla, y enternecido me sentía al pensar que esta Escuela, en cuyo seno he visto despuntar mi primer bozo y sublevarse mis primeras canas, y á cuyo servicio y esplendor he dedicado las energías de mi entera juventud, pero de la cual las corrientes de la vida, sin yo buscarlas, me habían alejado desde 1878, se conservaba conmigo tan madre, tan sentida de no tenerme en su hogar y, sobre todo, tan cegada en el juicio de mi valer, que no vacilaba en ponerme al nivel de Antonio Gimbernat, el más ilustre y digno de venerada memoria entre todos sus hijos.—En tal situación de espíritu, entre soporosa y deleitable, como la que produciría tibio baño general de agua de rosas laudanizada, mis ideas se transformaron en lágrimas, y, á favor de esta sangría blanca, que obra como desagüe directo de las cisternas cerebrales, y que tan pronto y seguro auxilio proporciona al espíritu agobiado, pude dar tiempo á mi ruinoso organismo para que se fuera acomodando sin estragos á tan grande y repentina dicha. Y así fué, y á tal extremo, que pocas veces he visto mis males someterse en absoluto á una satisfacción moral mía como á ésta los sentí rendidos. En mi cuerpo, que es de ordinario grillera de síntomas, no se oía una mosca, mientras mi memcra, con toda la solitud de una abuelita rondallera, iba reproduciendo en mi conciencia el sin fin de escenas y pasos y goces y penas y aventuras y satisfacciones y desengaños y glorias sin fatiga y fatigas sin gloria y trescientas mil especies más que por mí pasaron, desde que á los quince años comencé á ser en esta casa *el acarus escabiei* de algún dómine tonto, la avispa de bedeles y mo-

zos y la tarántula de discípulos tentados á la broma, hasta que, por mis pasos contados, sin darse nadie de ello cuenta, ni yo mismo, fui convirtiéndome en padre de los estudiantes lucidos, terror de los pigres y algo á modo de providencia de aquellos otros, muy dignos de consideración que, por tener á un tiempo sobrante el seso y flojas las suturas, se les derrama á grumos por éstas aquél, pero que, con mónita llevados, pueden transformarse de carne de cañón de exámenes en esperanza y gloria de las letras.

Embebido en tan íntimos recuerdos, dí en imaginarme el aspecto de este anfiteatro á la hora de la solemnidad, y representármelo todo, todo, todo en sus más mínimos detalles, según relatos que por cartas y periódicos á mí llegaban, pudiendo asegurarnos que las más culminantes de mis impresiones, las que más hondamente trascendieron á mi corazón, fueron: la espontaneidad entusiasta de la iniciativa decanal en proponer la idea, la unanimidad y el desprendimiento del benemérito claustro de profesores en acogerla y llevarla á cumplido efecto, la expansiva asociación del distinguido cuerpo de profesores subalternos á la fiesta, el fervoroso concurso de todos vosotros á la solemnidad del acto, echando en su esplendor el resto, muy señaladamente los alumnos de Anatomía en ambos cursos y los internos, pues apurastéis en el paso los dos elementos más extremosos del caudal estudiantil: el entusiasmo que jamás os falta y la pícara pecunia que jamás os sobra, y, finalmente, el hecho, tan cierto como singular, de que aquel día, como si la Providencia hubiera simpatizado con el colectivo propósito, ni uno solo entre tantos médicos, de renombre todos, como forman el personal científico de la facultad, dejó de concurrir al acto, á despecho de las eventualidades de propia enfermedad ó de ineludible profesional exigencia. Marco digno de tan cumplido cuadro de halagadoras simpatías fué, sin duda, para los manes de Gimbernat (q. D. h.) y para mi desmerecida persona, el carácter de solemnidad cívica que á la fiesta imprimieron, de una parte el concurso de las autoridades de todo brazo, y, de otra, la entusiasta y unánime adhesión de la prensa barcelonesa.

En estas gratas imaginaciones íbase mi ánimo recobrando, y disponiendo á la resolución del problema de conducta que la dispensación de un grande honor suscita siempre en el ánimo de quien lo recibe. Afortunadamente, del corazón mismo, no de la reflexión, fueron surgiendo los elementos naturales de reacción sentimental para con esta generosa Facultad, elementos más de fiar que los del discurso para la acertada solución de estos problemas del orden afectivo. Yo nada acertaba á discurrir que constituyera digna y eficaz cor-

respondencia mía á la parte que me tocara de la solemnidad de 13 de octubre, pero mi corazón me iba suscitando una verdadera nostalgia de esta Facultad, de su claustro, de su juventud escolar. A esa nostalgia creciente no me era fácil dar satisfacción, porque ser á un tiempo catedrático titular de dos Facultades del reino es de imposibilidad legal, abandonar la de Madrid por ésta rayaba en delincuencia, según en aquélla me veo con exceso honrado y atendido, y nada digo de la solución tercera, que es la de dejar simplemente las cosas como estaban, porque eso ni resolvía mi nostalgia universitaria ni acreditaba mi agradecimiento á esta amada Escuela. Ningún óbice, sin embargo, fué para mí esta perentoria incompatibilidad entre lo anhelado y lo posible; ya os he dicho como las gasto en este particular desde que perdí la salud, pues precisamente, de resultas de verme imposibilitado de todo, me he vuelto *imposibilivoro*, pues de imposibles me alimento, y, así, me complazco en abrir minas y contraminas á la realidad, para franquearle el paso á mi albedrío, ni más ni menos que los ratones, royendo vigas y otros imponentes obstáculos, van escalando, hoy una despensa, mañana un provisto desván, otro día un granero, y trampa adelante.—Digo, pues, que enseguida se me ocurrió la de conciliar en obsequio de esta Escuela y alivio de mi nostalgia, todo lo inconciliable.

Del Colegio de San Carlos, no hay que hablar; todo lo relativo á él se queda como estaba y, respecto de éste de Barcelona, examinado el problema por partes, resulta que, de un extremo, la voluntad del benemérito Claustro, cuanto á realbergarme en su seno, se ha mostrado ya explícita por virtud de la solemnidad referida y de cuanto en el decurso de ella se manifestó, y, del otro extremo, ó sea, la cuestión de sitio ó asiento que me toca ocupar según edad, escalafón ó lo que sea, queda ya providencialmente resuelto desde el 13 de octubre por esta Junta de profesores, puesto que el sitio que ésta me designó es un muro de la próxima sala de disección, en compañía del preclaro Gimbernat. Soy, pues, de esta escuela un catedrático parietal y que está, por tanto, á las buenas y no á las malas de lo que aquí pase, y dispensado, además, por inmóvil, de asistir á Claustro, discutir acuerdos y andar en otros quebraderos de cabeza relativos á administración y buen gobierno. Pero, «¿Y la asignatura?» me preguntaréis.—Pues, esto, una vez resuelto lo otro, lo de admitirme este Claustro en su seno y señalarme lugar académico, no ofrece ya de suyo oficial dificultad, á tal extremo, que ello es lo que he venido á consultaros, pues tal y como lo tengo discurrido y además previamente concertado con nuestro ilustre Jefe, solo depen-

de ya de vuestro gusto, que, en todo caso, adoptaré por mío propio.

Oid, pues, mi razonamiento.—La cuestión de asignatura parece, á primera vista, muy grave para un catedrático, no diré *advenedizo*, porque no puedo serlo donde por el lapso de veinticuatro años dí enseñanza oficial, pero si *sobrevenido* ó de añadidura, lo cual ya es otra cosa, y así es la verdad. Como á tal sobrevenido, de mi cuenta corre buscar plausible solución al problema.—Desde luego convendréis conmigo en que las conferencias á vosotros dedicadas no deben tocar á ninguna de las asignaturas que en esta Facultad se den por reglamento, y si bien es indudable que la sabiduría y la longanimidad de todos y cada uno de mis nuevos compañeros de Claustro me darian carta blanca para ocuparme en asuntos de su particular enseñanza, obligación mía es poner límite con mi delicadeza al exceso de generosidad de ellos. Y, así, no hay que pensar en que yo venga aquí á tratar materia contenida en el cuadro oficial de la médica enseñanza.—Eliminemos, pues, este arbitrio.

De gozar yo salud, siquiera mediana, era ésta la ocasión oportunísima de realizar un pensamiento que en 1881 concebí, y del cual me disponía á dar una primera muestra en el Colegio de San Carlos cuando la fatalidad dió en tierra con mi cuerpo.

Os lo expondré, porque lo juzgo utilísimo y quizá, dado á conocer, quiera otro, con la debida preparación, realizarlo en beneficio de todos. Mi pensamiento era la fundación de una enseñanza bajo el título de DOCTORADO DEL ESPECIALISTA; enseñanza compuesta, para cada especialidad, de tres cursillos, á saber: uno de Biología teórico-práctica superior, humana y comparada, del órgano, aparato ó sistema objeto de la respectiva especialidad; otro de Fisiología aplicada al diagnóstico y á la terapéutica del mismo, y otra, en fin, de Historia de su origen y desenvolvimiento á través de los siglos.—De cada una de esas trilogías, ó sea del Doctorado de cada especialidad, irían aprovechándose el texto y las figuras para el consiguiente libro, y la colección de preparaciones anatómicas, para los departamentos especiales del Museo anatómico de la Facultad.

Paréceme que sería ofender vuestra ilustración encareceros la importancia de este especial *Doctorado*, ya como robustecimiento del médico, ó del alumno próximo á licenciatura, para entrar con pie firme, merced al superior estudio biológico, fisiológico é histórico, en el cultivo de su preferida especialidad, ya como garantía social de que aquel especialista no degeneraría en industrial peligroso.

Empero, por lo que dice á la realización del pensamiento, ¿cómo

había de acometerla yo en persona ante vosotros si para la parte biológica de uno solo de esos cursillos, v. gr., el del *Doctorado oftalmológico*, enseñándolo tal y como lo tengo concebido, necesitaría preparar de mano propia buen número de aparatos oculares y de centros oftálmico-encefálicos de diversas especies animales, y disponer variedad de experimentos ópticos, con gran profusión, además, de diseños gigantescos, siquiera meramente delineados, para apoyo de la palabra y aclaración de los objetos naturales? Si por lo fatigoso de la empresa no he podido acometerla en Madrid, donde tengo á mano mi cuerpo y tiro de él y lo espoleo cual picador en plaza que acicatea su destripada cabalgadura, ¿cómo realizarla en Barcelona, por más alma que conmigo me traiga, si me dejo en Madrid el cuerpo todo y con él todo instrumento de manual labor y de material diligencia?—¡Así pudiera yo un día pillar distraída mi mala estrella y, aprovechando el consiguiente respiro de mis males, venir una temporada por acá, con mis huesos y todo, para con tal ocasión daros siquiera una muestra de ese *Doctorado especial*, según lo tengo concebido!—¡Quiero en este momento ser optimista de mi suerte, siquiera por variar, y concluyo este párrafo, inspirado por la más negra tristeza, con un «¡Dios sobre todo!»

Empero, convendréis conmigo en que este final piadoso no puede ser punto de apoyo de la solución buscada.—Eliminemos, pues, este otro arbitrio.

Llegados á tal reducción, ¿qué otra forma podría yo ofrecer para realizar el ideal de considerarme y ser considerado, sentirme y ser contemplado catedrático efectivo de esta Facultad? ¿Sería conducente apelar á un sistema sin sistema de conferencias erráticas, sobre temas sueltos, sin reciproca trabazón, inspirados al azar, bien entre los vagos y aun mal definidos que se llaman de «enseñanzas superiores», bien entre los muy concretos de especialidades clínicas no contenidos, aunque sí comprendidos, en los programas de la Facultad?—Yo respeto mucho y pongo sobre mi cabeza á quien se dedique á esta especie de enseñanza al azar, con tal que desenvuelva bien cada uno de sus temas sueltos; pero me reiría de mí mismo si, dado mi propósito, tratara de ponerlo en obra por tan descosido procedimiento, porque siempre mi aparición en este anfiteatro, por tener mucho de *cometaria*, me representaría la de aquellos vendedores errantes que, de tarde en tarde, visitan determinadas aldeas, y que en un viaje venden bisutería, en otro lencería y en otro enseres de cocina, sin que nunca se pueda determinar cuál es el estado comercial de esos cometas de pueblo.